

Felicity McLean

**Las chicas Van Apfel
han desaparecido**

Traducción del inglés de
Daniel de la Rubia

Siruela

Nuevos Tiempos

*Para mis padres.
Y para Andy, por supuesto*

Prólogo

El fantasma apareció a la hora del desayuno, invocado por el ruido estertóreo de la caja de cereales.

Llegó caminando. *Descalza*. Con las piernas desnudas, los puños apretados con fuerza y un camisón que se le pegaba a las pantorrillas y que, ladeado con el desenfado de un sombrero, dejaba un hombro al descubierto. Tenía el pelo húmedo de haber sudado durmiendo —¿y quién no ese verano?— y algunos mechones apelmazados enmarcaban su rostro de trece años como anteojeras atadas a un potro.

Cuando llegamos ya había recorrido medio callejón. Su mirada perdida y su paso cansino, arrastrando los pies a la espera de que alguien la detuviera, la habían llevado hasta allí, y es posible que hubiera llegado aún más lejos de no haber sido por el coche que se quedó atravesado en su camino con el motor al ralentí, en un ángulo recto perfecto hecho con sus imperfecciones.

El conductor, con un codo acusador que sobresalía por la ventanilla, se asomó y gritó a los vecinos que iban llegando:

—¡Ha salido de la nada!

Como si *ese* fuera el delito de la joven. Esa joven que había aparecido como por arte de magia.

Salimos disparadas al oír el chirrido de los neumáticos. Llegamos corriendo a la calle y entonces la vimos, iluminada por la calima y los faros, que no habían servido de nada y, en cualquier caso, no eran necesarios porque ya había amanecido.

—¡Cordie! ¡Es Cordie van Apfel!

—Dios Santo. ¿Es *sonámbula*?

—¿Puede oírnos? ¿Crees que puede vernos?

Fue entonces cuando apareció el señor Van Apfel, avanzando con los brazos extendidos y las manos abiertas hacia el cielo como si viniera de los jardines del Señor. Por un momento tapó el sol. Entonces dio un paso más y terminó el eclipse; la luz del día volvió a bañarlo todo, tan siniestra como antes.

—Se acabó el espectáculo, amigos —dijo con su voz sosegada de predicador laico—. Se acabó el espectáculo.

Uno

Crepúsculo. Ese limbo. Y el mundo desdibujado por la lluvia de Baltimore. Las ventanillas del taxi estaban empañadas por la suciedad y la porquería se mezclaba con la lluvia que las rociaba, de modo que, cada vez que los limpiaparabrisas pasaban por el cristal, dejaban un arco grasiento, como un amanecer viscoso. El taxista olía a tabaco y a caramelos Tic Tac de menta, y al entrar en el taxi me había preguntado educadamente si me encontraba mejor.

—¿Mejor que cuándo?

—Que antes.

Eso nos dejó desconcertados a los dos.

Pensé que me habría confundido con otra persona; el tipo de persona a la que podía curarse.

—El hospital —dijo, y señaló más allá del crucifijo dorado que colgaba del espejo retrovisor, en dirección a la resplandeciente torre de cristal azul celeste que se erigía bajo la lluvia, al otro lado de la acera—. Viene del hospital.

—De trabajar —le expliqué—. Trabajo en un laboratorio. En el hospital.

Alcé el montón de ensayos preclínicos que llevaba en las manos, ahora ya mojados y reblandeciéndose. Pero el taxista no me miraba a mí. Miraba fijamente la torre, en la que casi todas las ventanas tenían una luz encendida, y el conjunto —la brillante torre azul y la cuadrícula de ventanas iluminadas— semejava una llama de gas a pesar de la lluvia.

Recorrimos el centro de la ciudad lentamente bajo la lluvia dentro de aquel taxi cargado de humedad. Avanzamos palmo a palmo por la autopista detrás de un autobús escolar cuyas ruedas lanzaban chorros de agua a su paso. El interior del autobús parecía desprovisto de vida, a excepción del conductor, al que no alcanzaba a ver. Nuestro taxi giró a la izquierda por West North Avenue, donde nos encontramos más tráfico. Tres carriles que avanzaban perezosamente. Delante del Burger King se estaba iniciando una pelea, pero saltaba a la vista, incluso a esa distancia, que no le ponían muchas ganas.

Pasamos por delante de la boca de metro; de la casa de empeños («¡Compramos oro! 411-733-¡Dinero en metálico!»); del Mini Mart abandonado; de la Union Temple Baptist Church, con sus arcos, sus torrecillas y su letrero roto, despojado de sus dos últimas letras y de las cuatro primeras. Hubo un tiempo en que ese letrero debió de animar a los pecadores a sentirse «Bienvenidos». Ahora simplemente les lanzaba una orden: «venid». Pasamos por delante de gigantes de ladrillo rojo y cementerios de coches; excavadoras que derramaban terrones de tierra bajo la lluvia; casas adosadas de color caramelo y la tienda de caramelos, blanca como un mausoleo.

Y allí es donde la vi.

Allí. *Allí*. Balanceando una bolsa con la mano. El abrigo hinchado por el viento. La melena ondeando como una cometa. El pasado pavoneándose por West North Avenue a la hora punta de entrada a la estación de metro. (El «metro», así lo llaman aquí. Solo los turistas y los australianos preguntan en Maryland cómo llegar al *subterráneo* de Penn-North). Sí, allí. Se mezcló con la multitud que entraba en tropel en la estación de Penn-North, aunque, al mismo tiempo, no se mezcló en absoluto. Porque su forma de caminar no había cambiado lo más mínimo en todos aquellos años. Parecía flotar ligeramente por encima del suelo.

—¡Pare!

El taxista me miró sorprendido.

—¿Aquí? ¿Quiere que...?

—¡Pare, por favor!

Era la primera vez que nos dirigíamos la palabra desde que habíamos tomado la avenida, y ahora, sin decir nada más, dio un volantazo hacia el bordillo. El crucifijo colgado del retrovisor osciló bruscamente, amenazando con sacarle un ojo a alguien.

—Se va a mojar —me advirtió, pese a que la llovizna había cesado; el final de aquella tarde gris se la había llevado consigo.

Le pagué y salí del taxi, escudriñando la acera. Pero, en el tiempo que habíamos tardado en parar, le había perdido la pista entre la multitud. Traté de mantener la calma, de controlar la respiración. A mi izquierda, el estruendo del tráfico; a mi derecha, bloques industriales. Acomodé mi paso al de dos hombres vestidos con traje barato que caminaban a buen ritmo hacia la estación de metro mientras se quejaban de alguien que trabajaba en su oficina.

—Es una farsante.

—Y que lo digas —convino su amigo—. Una embustera de cuidado. Se comporta como si fuera distinta, pero, a la hora de la verdad, es igual que los demás.

Vi la parada más adelante. La señal que indicaba la entrada era del mismo color que las del hospital: el azul reglamentario de Baltimore. Pasamos por delante de los postes rayados giratorios de una peluquería. Cruzamos juntos una calle lateral, los de los trajes baratos y yo.

Y justo entonces la vi, a unas diez cabezas por delante de mí. Atajó por el camino que pasa por el parque North and Woodbrook, espantando a los cuervos. Haciéndolos volar como una humareda negra por encima de los árboles. El corazón me dio un vuelco.

—¡Cordie! —la llamé—. ¡Cordie, soy yo!

No me oyó. Era imposible que me hubiera oído porque no miró atrás ni una vez.

—¡Cordie! —volví a gritar—. ¡Cordelia!

Cruzó la calle delante de mí y recorrió rápidamente la pequeña plaza pavimentada antes de desaparecer por la boca de labios azules del metro. Empecé a correr, crucé la calle y la plaza y entré en la estación tras ella.

Dentro alcancé a verla un segundo, antes de que fuera engullida de nuevo y arrastrada al abismo de la escalera mecánica.

—¡Cordie! ¡Cordelia!

Me abrí paso a empujones entre la gente.

—¡Cordie!

—Cierra el pico de una puta vez —murmuró alguien.

Ya en el andén: suelo húmedo, azulejos húmedos. Vigas en el techo goteando como en una selva. Los viajeros esperaban hombro con hombro mientras el panel con los horarios marcaba la cuenta atrás hasta el próximo metro. Me quedaban dos minutos, y después solo uno, para encontrarla.

—Perdón, perdón. —Fui avanzando por el andén, arrastrando los pies por el lado prohibido de la feroz línea amarilla—. Disculpe. Lo siento, necesito...

Y de pronto... allí estaba. Apoyada en un pilar al final del andén. El abrigo ya desinflado; el pelo oscurecido por la lluvia tapándole la cara; el bolso bajo el brazo.

—¡Cordie! —grité, un segundo antes de llegar hasta ella y tocarla.

En ese mismo instante, el tren irrumpió en la estación. Una ráfaga de aire caliente me golpeó en la espalda y me impulsó hacia delante. Me aferré a ella y se dio la vuelta, sorprendida.

—Lo siento —tartamudeé—. Me he equivocado. Lo siento mucho.

Hizo un gesto con la mano restándole importancia —*no pasa nada*— y cogió su paraguas, lo cerró y pasó por mi lado para entrar al tren en cuanto las puertas se abrieron con un siseo.

Desapareció en el interior del vagón sin mirar atrás.

—Te he confundido con una persona a la que no veo... —le

expliqué a gritos, pero mi voz se quedó corta; se perdió por el hueco entre el vagón y el andén—. Una persona a la que no veo desde hace mucho.

Para ser exactos, esa semana hacía veinte años.

He visto a tantas Cordies a lo largo de los años que se ha convertido en un tic nervioso. Veo su nuca. La reconozco entre una multitud. La he visto haciendo cola en la caja del supermercado, poniendo gasolina, en el dentista. La he visto aparecer en el carril contiguo al mío de la piscina, con una brazada poco eficiente pero bonita.

Al principio resultaba perturbador. De pequeña me asustaba. Pero, a medida que fui creciendo, empecé a encontrarlo reconfortante. En cierto modo, me tranquilizaba, y me suponía una desilusión cuando pasaba mucho tiempo de una vez a otra. Cuando iba a un examen o a una entrevista de trabajo o a una cita a ciegas organizada por alguna de mis amigas, combatía los nervios intentando encontrar a Cordie.

Y era Cordie, siempre Cordie. Nunca Hannah o Ruth. Cordie era la que volvía. Quien aparecía y al momento se esfumaba delante de mis narices. Salía de la nada. A menudo no era más que una vista de perfil, o un movimiento del pelo. Pero a mi cerebro le bastaba con eso para dar el salto. Me acercaba a ella y le preguntaba, y ella se daba la vuelta y me miraba con gesto extrañado. ¿Nos conocemos? ¿Puedo ayudarte? ¿Nos hemos visto antes?

Y era entonces, al darse la vuelta, cuando la ilusión se hacía pedazos en un segundo. «Lo siento, te he confundido con otra persona», farfullaba yo. Y ella sonreía, se encogía de hombros y volvía a desaparecer, dejándome plantada en mitad de la calle mientras me preguntaba dónde habría aprendido ese truco.

Vivía en un barrio de casas adosadas venido a menos de Baltimore. Ladrillo rojo, ventanas de marcos blancos. Mi casa se apoyaba en las casas contiguas como si fueran muletas. Llovía

tanto y tan a menudo que algunos días, al volver del trabajo, esperaba encontrarme con que toda la hilera de adosados se había ido por la alcantarilla y había bajado por la colina hasta la bahía de Chesapeake.

Aunque seguramente yo no hubiera estado en casa para verlo. Me pasaba de lunes a viernes en el laboratorio, de ocho y media a seis, y más fines de semana de los que me gustaba reconocer. Allí observaba el mundo a través del ojo de cristal de mi microscopio, colocando cosas bajo mi objetivo. Trabajaba como técnica auxiliar de laboratorio en un centro de investigación médica, ingeniándomelas para crear células y después conseguir que sobreviviesen. *Lactobacillus acidophilus*, *Bifidobacterium lactis*, *Streptococcus thermophilus*. Las cultivaba en tubos de leche esterilizada, las bautizaba con baños de agua y, cuando se convertían en cuajada, las disponía en frotis en placas de agar de plástico para comprobar su pureza.

En un buen día, podía revisar unas ciento veinte placas. De pie, con la cadera apoyada en la mesa del laboratorio, un pie delante y el otro detrás, preparando frotis. De pie, ignorando el dolor sordo en el tendón de Aquiles, las punzadas en las corvas. De pie porque —a pesar de lo que el agente superior Mundy nos había ordenado hacía tantos años— nunca le he cogido el tranquillo a lo de sentarme. («Quedaos ahí sentadas», nos había dicho después de la desaparición de las chicas, y más o menos habíamos obedecido. No habíamos hecho otra cosa en veinte largos años).

Tardaba cuarenta y ocho horas en incubar cada placa. A continuación, las dejaba suspendidas en leche esterilizada y las pasaba a pequeñísimos criotubos que después eran apilados, almacenados, congelados —miles de viales minúsculos, como ladrillos en una pared— y enviados a otros laboratorios más grandes del campus. Iban a otros departamentos, donde otros investigadores estudiaban el efecto de diversas cepas en enfermedades crónicas; investigadores que escribían artículos, presentaban simposios y se acostaban con sus doctoran-

dos; investigadores que daban respuesta a preguntas cruciales. Mientras tanto, lo único que yo aprendía era a tener paciencia. (Disponía la vida en minúsculas placas de agar, mientras mi propia existencia se escapaba silenciosamente).

Pero eso era en los días buenos. En los malos —y hubo unos cuantos—, me distraía y dejaba vagar mi imaginación. En esos días, la cuajada derramada formaba en el suelo un charco en el que flotaban astillas de plástico.

En diciembre los días malos siempre superaban en número a los buenos. El aniversario de la desaparición me dejaba alterada. Había días ese mes en los que parecía que acababan más células desparramadas por el suelo que a salvo en los criotubos.

A veces me pasaba días, e incluso semanas, sin pensar en las hermanas Van Apfel. Aunque, al principio, hasta eso me preocupaba. Como si temiese lavar mis culpas. Pero enseguida comprobé que no tenía de qué preocuparme. El dolor, la vergüenza: podía hacerlos aparecer en un momento, con la misma certeza e infalibilidad con que se cultivan bacterias en un laboratorio. *Escherichia coli* y toda una vida de remordimientos. Podía disponerlos en placas de agar para comprobar su pureza. Podía almacenarlos en tubitos minúsculos hasta formar pilas altísimas.

Las cosas habían empeorado hacía seis meses, al principio del verano en Maryland. Martes, 12 de junio de 2012 —tengo el recorte pegado al frigorífico—. Fue cuando el caso Chamberlain volvía a aparecer en los telediarios, esta vez por el fallo del juez de instrucción. En junio fue cuando corrigieron el certificado de defunción para reconocer lo que todo el mundo sabía: que un dingo se había llevado y había matado a Azaria Chamberlain, una bebé de nueve semanas, hacía más de treinta años. Y, como bien señaló el propio juez de instrucción, eso significaba que también hacía más de treinta años que la madre de la niña, Lindy Chamberlain, había sido declarada injustamente culpable del asesinato; que había sido condenada

a cadena perpetua y había cumplido tres años en una prisión del Territorio del Norte, antes de que se encontrara la chaqueta de la niña en la entrada de la guarida de un dingo. Fue entonces cuando a Lindy Chamberlain por fin se le revocó la condena.

Está considerado el caso más famoso de la historia australiana. El caso Chamberlain fue el telón de fondo de toda mi infancia. El papel pintado que revestía las paredes de nuestras casas. En la calle teníamos letreros de «Casa segura» con caritas sonrientes atornillados a los buzones. Todas las casas eran seguras. Todas eran un refugio. Mientras tanto, el juicio de una madre acusada de asesinar a su hija se retransmitía todas las noches, a la hora de mayor audiencia, en la sala de la televisión.

Y aunque Azaria Chamberlain desapareció doce años antes que las hermanas Van Apfel, y a casi tres mil kilómetros de donde lo hicieron ellas; aunque el caso Chamberlain se resolvió, mientras que lo ocurrido a Hannah, Cordie y Ruth sigue siendo un misterio, los dos sucesos están tan estrechamente ligados en mi cabeza que no puedo pensar en uno sin obsesionarme con el otro.

Y desde que había pasado caminando por delante de una tienda de electrónica hacía seis meses y había visto una pared de Lindy Chamberlains mirándome (todavía con las gafas de sol puestas, todavía con el pelo corto, si bien más desenfadado y de punta), había sentido esa sensación familiar de pavor.

Nunca se quedaba enterrada mucho tiempo.